

VIAJES Y VIAJEROS POR ARAGÓN
ANTOLOGÍA Y COMENTARIO

MIGUEL ÁNGEL VEGA

VIAJES Y VIAJEROS POR ARAGÓN
ANTOLOGÍA Y COMENTARIO

EDITORIAL SINDÉRESIS
2026

1ª edición, 2026

© Miguel Ángel Vega

© 2026, Editorial Sindéresis

Calle Princesa, 31, planta 2, puerta 2 – 28008 Madrid, España

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN: 979-13-87929-83-1

Depósito legal: M-24578-2026

Produce: Óscar Alba Ramos

Imagen portada: generada por IA

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

ÍNDICE

Presentación.....	7
Prólogo	9
A modo de prefacio	13
Fenomenología del viaje aragonés. Textos y contextos	15
El viaje como «pulsión». Modalidades tradicionales y desarrollo del viaje europeo	15
El relato como corolario social del viaje	24
El viaje a España en la Edad Moderna.....	29
Meta, imagen y expectativa viajera.....	29
España en el imaginario europeo: I) hasta 1800. Una imagen entre la improvisación aleatoria y la generalización precipitada.	31
Una antropología de estereotipos	39
España, una imagen contradictoria: II) después de 1800	41
El viaje por Aragón	51
Aragón, un <i>hinterland</i> para el viajero extranjero por España	51
El Aragón de los relatos de viaje	53
Finale: una etnografía impresionista... e inversa.....	70
Breve excursus: problemas de traducción del texto de literatura de viaje	72
Aproximación bibliográfica al tema	81

Relatos de viajeros extranjeros por Aragón. Una Antología.....	85
Leo de Rozmithal de blatna.....	87
Hyeronimus Münzer	89
Francesco Guicciardini	91
Fra Christoforo de Monte Maggio.....	94
Joao Lavanha	97
Fra Felipe de Florencia/Bernardino de Arezzo.....	104
Giuseppe Baretta	113
Giacomo Casanova.....	121
Jean- François Bourgoing	123
Joseph Townsend	128
Lady Holland	138
Edward Hawke Locker	139
Alexandre Laborde	149
Louis-Gabriel Suchet.....	161
Gustave d' Alaux	163
Richard Ford.....	167
Eugène Poitou	171
Jean-Charles Davillier	177
Edmondo de Amicis.....	184
Wilhelm Mohr	203
Louis Teste.....	208
Carl Justi.....	211
Julius Meier-Graefe	214
Jane Dieulafoy	217
George Orwell	222

PRESENTACIÓN

Con el presente volumen iniciamos una colección que, bajo el epígrafe *Libros de la Casa del Traductor*, nace con voluntad de continuidad. En el Ayuntamiento de la ciudad y en el Consorcio Comarcal se ha acogido con interés la iniciativa, propuesta por el autor del presente volumen, con el objetivo de dar expresión y voz a los trabajos de los traductores y estudiosos de la traducción que a la largo de los años han visitado y visitan la sede de la Casa en El Cinto turiasonense. Su callada labor bien merece una atención por lo que de difusora del conocimiento y de las humanidades tiene. Desde el establecimiento de la casa, a lo largo de años, ellos, apoyados por ambas entidades, Ayuntamiento y Consorcio, han contribuido y siguen contribuyendo a poner el nombre de la ciudad en el mapa internacional de la cultura y la literatura.

Huelga decir que junto a los trabajos de los numerosos traductores acogidos y por acoger en la Casa, que pueden calificarse de «turiasonenses adoptivos», la colección queda abierta a los investigadores del tema «traducción y humanidades» que deseen contribuir a la entidad de esta creatura bibliográfica que inicia andadura.

Juan Antonio Fuentes

Miguel Ángel Vega

PRÓLOGO

Hasta hace poco, un viaje a España se podía considerar una empresa heroica.
(E. Poitou, 1869).

El relato de viaje ha sido, al menos en la cultura occidental, un comportamiento reiterativo en escritores en trance de movilidad, dando lugar a un género de gran interés tanto desde el punto de vista temático como literario. Nombres de gran proyección en la historia social de la cultura (Estrabón, Marco Polo, Montaigne o Goethe, por ejemplo) naturalizaron en las letras europeas este tipo de relato que, al tiempo que informa, divierte al lector, cumpliendo así el precepto horaciano de lo útil y de lo frutivo como objetivo de la poesía: *aut prodesse aut delectare volunt poetae*. Obviamente el deleite estético que pueda provocar la lectura del relato de viaje no podrá compararse con el interés cognitivo que despierta, al llevar a la mente y al ánimo del lector la satisfacción del conocimiento de lo extraño y exótico. Desde siempre, la fuente del saber y el conocimiento humano ha sido la mayor curiosidad del hombre, como ya postuló Aristóteles. Por eso las obras de esos viajeros escritores o, a la inversa, escritores viajeros no figuran en las páginas de la historia literaria y hay que buscarlas dentro de los elencos bibliográficos de saberes específicos como son la odepórica (=estudio de la literatura de viajes¹), la etnografía o la imagología. Y es que el relato de viajes ha sido durante siglos correa de transmisión de la percepción mutua de los pueblos. Goethe, con su *Viaje a Italia*, despertó en Alemania, y no solo allí, un interés por las gentes de la península cisalpina como no lo habían hecho la lectura y el estudio de los clásicos o de la historia. *La decadencia del imperio romano* de Edward Gibbon, por ejemplo.

¹ El término, aunque parezca reciente, tiene una cierta edad, pues aparece ya en el título de Antonio Conca, *Descrizione odepórica della Spagna*, en 1672.

Con referencia a España, los relatos de viajeros europeos y sobre todo franceses, fueron las lentes a través de las cuales se veía y se juzgaba desde fuera (y en ocasiones también desde dentro) la realidad española, contribuyendo con ello a fijar los clichés, negativos, románticos o pintorescos, de lo español en Alemania, Italia o Francia. El *dictum* atribuido al Corso y referido a África y los Pirineos, era más bien producto de imágenes previas fijadas por la literatura «hispanizante». La *espagnolade* (= *Œuvre littéraire ou artistique donnant de l'Espagne une représentation dominée par la recherche d'un pittoresque de convention, au détriment de l'exactitude et de la vérité*), tan fecunda y determinante en la relación mutua de Francia y España (la *Carmen* de Mérimée, por ejemplo), no se explica sin la difusión y lectura relativamente masiva de los numerosos relatos viajeros de los escritores (d'Aulnoy, Dumas, Gautier, etc.) que pasaron por nuestra península. Justo es decir que algunas de estas relaciones supuestamente de testigos oculares, eran recopilaciones o fundiciones de otros textos que, sin embargo, se daban como fidedignos. El texto de Mme d'Aulnoy *Mémoires de la cour d'Espagne*, el hispanista Morel-Fatio² lo calificó como «une copie et une amplification» de las memorias del Marquis de Villars. Y de R. A. Vertot, cuyo texto sobre la conjuración de Portugal fue consultado por Schiller para el *Don Carlos*, Farinelli advierte que Vertot nunca estuvo en España como para merecer la autoridad e influencia de las que gozó.

Justamente por eso, el estudio de la literatura de viajes es tarea obligatoria a la hora de entender la percepción que los unos han tenido de los otros o, mejor dicho, a la hora de analizar la alteridad que para cualquier foráneo o extranjero representan los elementos nacionales de cualquier país. En la imagen obtenida por el viajero se contrasta la percepción que de la propia identidad tiene el nacional del país visitado.

La presente antología del relato de viaje por Aragón pretende concienciar al lector de la imagen que transmitió al exterior el pueblo aragonés a través de su historia, de su arte y de sus comportamientos sociales y políticos... gracias a las impresiones que los viajeros recogieron por estas tierras. Una introducción a esa imagen pretende ser el presente trabajo. Las dimensiones del mismo no permiten otra cosa que el formato

² Ver la edición de su *Voyage* realizada por Foulché-Delbosc, París, 1926, pág. 24 y ss.

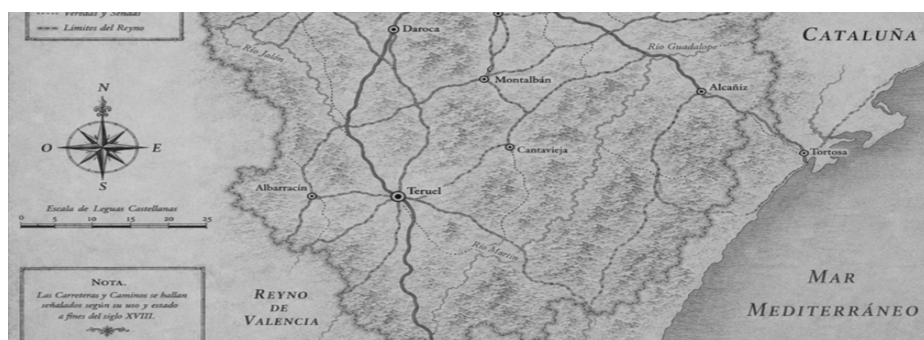
antología, que en concreto recoge, con valor representativo, textos de autores procedentes de Alemania (Münzer, Mohr, Justi y Meier-Graefe), Chequia (Rozmithal), Italia (Guicciardini, Chr. Monte Maggio, Bernardino de Arezzo, Barette, Casanova, de Amicis), Francia (Bourgoing, Suchet, Laborde, d'Alaux, Teste, Poitou, Davillier, Dieulafoy), Inglaterra (Townsend, Hawke Locker, Lady Holland y Orwell) y Portugal (Lavanha). Con ello recorreremos la diacronía del viaje aragonés en la época moderna (del siglo XV al siglo XX³) así como la tipología textual más frecuente en el género: desde el relato pintoresco al diario, pasando por el cuaderno de notas o la correspondencia de viaje.

Las versiones de los textos han sido realizadas *ad hoc*, excepto la de Leo de Rozmithal, tomada de la traducción de Fabié. Los epígrafes en mayúscula en las traducciones se han añadido mayormente con una función descriptora del texto que sigue.

³ La señal tipográfica «[...]» indica la omisión de pasajes textuales intermedios.

A MODO DE PREFACIO

Unos cuantos datos triviales sobre los monumentos de Zaragoza y dos o tres fantasías históricas que se han vuelto legendarias, incluyendo el famoso «*Si no, no*», es prácticamente todo lo que sabemos. Sin embargo, sería una tarea atractiva para los historiadores redescubrir, en la tierra que fue su cuna, la amplia y misteriosa huella de esta raza aragonesa, antaño dominadora en Francia, soberana en Sicilia y conquistadora en Grecia, pero cuya estela luminosa ha sido borrada desde Europa hasta el Oriente en el devenir de los siglos y los pueblos. Para el pintor, el poeta y el turista, Aragón tiene costumbres y trajes que parecen sacados de los personajes de Calderón y Cervantes; para el arqueólogo, alberga maravillas desconocidas. (Gustave d'Alaux, 1846).



FENOMENOLOGÍA DEL VIAJE ARAGONÉS. TEXTOS Y CONTEXTO

El «viaje por Aragón», que pocos viajeros extranjeros emprendían como una meta válida en sí misma, no puede entenderse sin la ponderación previa de lo que este ha significado en el contexto de las modalidades viajeras que han movilizado el mundo, sobre todo la «del viaje de descubrimiento», la del «viaje de in/formación», cuya variante más señalada es el *grand tour*, y la del «viaje de peregrinación»⁴. Nacidas de la pulsión viajera⁵ que desde siempre ha movido el comportamiento social del ser humano, estas tres variantes viajeras han desempeñado una función fundamental en la presencia de extranjeros en la región española que aquí tratamos. Permítasenos una aproximación a la modalidad más determinante del viaje por Aragón: el viaje de (in)formación.

EL VIAJE COMO «PULSIÓN».

MODALIDADES TRADICIONALES Y DESARROLLO DEL VIAJE EUROPEO

De las varias polaridades existenciales en las que, a medida que va socializando, se encuentra paulatinamente inmerso el ser humano, una de las más evidentes y determinantes es la referida a su localización física, polaridad que produce una tensión psicofísica entre el «aquí y ahora» y el «allí y después», entre el sedentarismo y el nomadismo, entre el estar en casa y el estar fuera. Es una radical dualidad espacial que tal vez pudiera expresarse con las locuciones adverbiales «en casa» y «de viaje» y que fue hipostasiada literariamente en los dos personajes polares de la *Odisea*, Ulises y Penélope. Se trata de una tensión que nace del hiato existente entre las

⁴ No consideramos en este contexto el «viaje de emigración», pues no nace de una pulsión viajera, sino de un impulso de supervivencia.

⁵ Damos al término «pulsión» (*Trieb*) el sentido que tiene en Freud como empuje biológico, como impulso, mezcla de somático y psíquico.

monótonas circunstancias del «aquí-presente» insatisfactorio y la esperanza de un «allí-futuro» quizás satisfaciente. Tal es el fundamento de la movilidad voluntaria del individuo, del desplazamiento por voluntad propia. Esa tensión incita a ponerse y estar en camino («in itinere») sin hacerse nómada, bien para volver al origen, bien convirtiendo el «allí provisional» en un «aquí definitivo».

Esa pulsión de movilidad, que los románticos alemanes tipificaron como una emoción prerracional al calificarla de ansia o nostalgia (con frecuencia se ha hablado al respecto de *Sehnsucht in die Ferne* = ansia de lejanía⁶), empujaba a salir del familiar entorno social y cultural, bien para descubrir ámbitos desconocidos (viaje de descubrimiento), bien para entrenar identidades nacionales e integrar diferencias extranjeras (viaje de formación), bien para dar a la itinerancia una dimensión místico-gnóstica (viaje de peregrinación). Si Cicerón había visitado Grecia y Asia Menor con intenciones formativas, la monja gallega Egeria había inaugurado el itinerario a Tierra Santa con su peregrinación a Palestina (descrito en el *Itinerarium ad Loca Sancta*) como medio de activar la piedad religiosa. Jerónimo de Estridón, conocido como san Jerónimo, fue ejemplo de esas dos variantes del viaje (el de formación y el de peregrinación), variantes a las que él añadió la del viaje de emigración, pues a lo largo de su vida varió sus domicilios entre Tréveris, Roma, Aquileia, Capadocia y Belén, adonde finalmente acabó emigrando para establecerse de manera definitiva como monje.

A medida que se iba saliendo de los llamados siglos oscuros del Medievo, época de fijación y asentamiento, de constitución de sociedades e identidades, se fue intensificando esa ansia de salida, de conocimiento de los entornos o de itinerancia mística y religiosa. Ya en el siglo XIII, Francisco de Asís, *homo religiosus* como no ha habido otro en la cultura occidental, además de peregrinar a Santiago, se ponía en penoso camino para misionar el cristianismo en la Damietta de la V Cruzada. Y parecido harían un Giovanni

⁶ Hace unos años, una exposición en el castillo austríaco de Schallaburg tematizaba el viaje romántico con el título de *Sehnsucht in die Ferne*, (= nostalgia de la lejanía), emoción opuesta al *Heimweh* o morriña. A la correspondiente publicación remitimos: *Sehnsucht in die Ferne. Aufbruch in neue Welten. Ausstellungskatalog*. Schallaburg, 2021. Fueron el novelista Eichendorff y la poetisa Annette von Droste-Hülshoff los autores que mejor expresión literaria dieron a este sentimiento.

de Pian de Carpine o un Guillermo de Rijsbroek, en diplomáticas misiones papales ante el gran Khan; un Odorico de Pordenone, en misión religiosa al lejano Oriente; un Marco Polo, en busca de beneficio económico en la corte del «Hijo del Cielo», como se llamaba al emperador chino; o un Leo de Rozmithal que, en misión de paz y de información, recorría Europa hasta el Finisterre. Eran tímidas búsquedas medievales de horizontes desconocidos que a continuación, a partir del siglo XV, despertaron explosivamente en el comportamiento social como efecto ineludible del descubrimiento de América, ese momento en el que de repente la Tierra se hizo redonda. En efecto, América, además de encender el fervor religioso de la misión, prendió la mecha de la curiosidad cultural, la sana curiosidad que provoca la admiración, el contraste y, a partir de ahí, el saber. Lo había formulado Aristóteles, quien, en el frontispicio de su *Metafísica*, había puesto el siguiente *statement*: Si en la naturaleza del ser humano está la voluntad de saber (πάντες ἄνθρωποι τοῦ εἰδέναι ὀρέγονται φύσει), esa voluntad se activa precisamente a través de la admiración, a través del asombro que en el alma humana produce lo desconocido, lo extraño (διὰ γὰρ τὸ θαυμάζειν οἱ ἄνθρωποι καὶ νῦν καὶ τὸ πρῶτον ἤρξαντο φιλοσοφεῖν).⁷ Dicho de otra manera: si lo extraño produce asombro y el asombro el deseo de explicación de lo extraño, ¿qué mayor reservorio de extrañezas que el que reservaban los mundos descubiertos y por descubrir y a los que aludían las gestas del Descubrimiento? Los nuevos horizontes abiertos dieron un mayor espacio a esta curiosidad. Ya las cartas del Almirante, de 1493, estaban llenas de admiración respetuosa. El Nuevo Mundo supuso una llamada a la curiosidad, y las expediciones de información y estudio, no solo de conquista, se sucedieron hasta límites insospechados. Picado por la curiosidad y la admiración, incluso un fraile franciscano, Bernardino de Sahagún, investigaba la historia de los aztecas y recogía, vertía e ilustraba *in situ* las «antiguallas» de Méjico en su *Historial general de las cosas de Nueva España*. Otro fraile, un dominico español, el alcaceño Juan Cobo, descubría y estudiaba la cultura china y traducía del mandarín, en Manila y en 1592, una muestra de la literatura oriental: el *Espejo rico del claro corazón*. Y Francisco Hernando, protomédico de Felipe II, recogería, por encargo del Monarca, la sabiduría iátrica de la humanidad mesoamericana. Si el viaje de

⁷ «Pues por el asombro empezaron los hombres, tanto ahora como al principio, a filosofar».

peregrinación medieval a Roma había puesto al piadoso peregrino en contacto con las antigüedades de la latinidad que restaban, las Indias, orientales y occidentales, se constituían en metas de itinerancia investigadora. Misioneros de los credos cristianos estudiarían durante siglos los usos, costumbres y creencias de pueblos aborígenes.

Pero simultáneamente al viaje transoceánico, de descubrimiento, información o misión, en Europa se desarrollaba el tradicional viaje de integración del entorno más próximo en la propia imagen física del mundo. El «cortesano», el tipo de hombre producido por el Renacimiento, hacía del conocimiento del mundo uno de los rasgos fundamentales de la nueva personalidad. Y fueron infinidad los varones ilustrados que, dentro de las fronteras europeas, salieron en busca del otro y de lo otro más inmediatos. Las peculiaridades y sucesos de la historia del Viejo Continente (los imperios, las peregrinaciones, las invasiones, el monacato, las cruzadas, la Reforma, las guerras permanentes –de cien, de treinta, de siete años–, las universidades, las catedrales, las revueltas sociales) habían ido creando lugares de referencia (Roma, Santiago, París, Constantinopla, Jerusalén; Venecia, Toledo, Oxford, Córdoba, Sevilla, Florencia, Londres) que, picando la curiosidad, se visitaban, se estudiaban *in situ* o se escogían como espacio vital y de asentamiento. En el contexto español, las relaciones con las naciones europeas que se establecieron ya en la baja Edad Media, pero sobre todo a partir de la unificación de los dos mayores reinos peninsulares, Castilla y Aragón, y del paulatino imperio espiritual del Humanismo puso en movimiento un sinfín de personalidades que querían conocer, aprender, comparar y analizar formas de vida, peculiaridades de comportamiento o cosmovisiones distintas. Ya en el siglo XIV, el conquense (de origen aragonés) Gil de Albornoz había establecido en la capital europea del Derecho una especie de programa Erasmus *avant la lettre* adonde irían a parar los «bolonios» españoles que querían servir mejor a la nación. Alonso de Madrigal, el Tostado, Garcilaso de la Vega, Ignacio de Loyola, los Argensola, Alfonso Valdés, Luis Vives, Miguel de Cervantes, Diego Velázquez y Quevedo serían otras tantas personalidades a las que la experiencia de lo ajeno (en Francia, en Centroeuropa, pero sobre todo en Italia) supuso un punto de inflexión en sus vidas y en sus actuaciones públicas.